

## **SILLA BAJA**

**José Alvarez de paz**

### **TESOROS ESCONDIDOS**

Cuando yo era niño, en aquella casa grande y siempre llena de gente, jugábamos a la lotería en las veladas de invierno. Cantaba los números mi abuelo, cada número con su apellido: el uno, el más niño; el once, los ganchos del traperero; el quince, la niña bonita ..... Como éramos tantos en casa, en vez de fichas utilizábamos botones. No jugábamos nada, solo esperaba cada uno la alegría, compartida, de cantar el pleno mostrando el cartón cubierto de botones.

No había entonces en nuestros pueblos, esos otros medios de hacerse rico con un golpe de suerte, como las quinielas, la primitiva, el cupón, la bonoloto y el pelotazo. Por eso había en el pueblo, como en tantos otros lugares del Bierzo y de la vecina Galicia, ese espacio cargado de misterio, en este caso el castro de Valdequiso que guardaba una cabra de oro, seguramente protegida por un moro, pero que podría algún día ser rescatada, como lo habían sido otros tesoros guardados por moros y moras que peinaban su larga cabellera con peines de oro en el castro de Bainte de la vecina Orense, o los tesoros de ana mañana, o los tesoros de la gallina de los polluelos de oro que casi nadie pudo apresar, o las más lejanas historias de los caracolillos de oro en la isla de Ons, que esos si pudo conseguirlos mas de un afortunado. Siempre quedaba, pues, la esperanza de que cualquiera de los asiduos al filandón pudiera dar con la cabra de oro enterrada en Valdequiso.

Fueron los canteros de Carballiño, que levantaron piedra sobre piedra el pueblo de Noceda, cada casa con su corredor para las mazorcas y las castañas quienes contaban esas historias de tesoros en los filandones, luego trasmitidas con mil variantes y una misma música de fondo en la transmisión oral: algo puede ocurrir de pronto capaz de cambiar nuestra vida. Tantos años trabajando allí aquellos canteros eficientes y convivenciales llegaron a crear una corriente profunda de sintonía, sellada con varios matrimonios entre canteros y bercianas.

Los niños de entonces no concebíamos que hubiera otros constructores que no fueran gallegos. Así aquel vecino de pupitre, que a la pregunta de don Antonio, en la catequesis, "¿quién hizo el mundo?" respondió seguro: "los gallegos". La respuesta no fue dada como válida, desde el punto de vista teológico pero yo creo que fue bien razonada y, sobre todo, inocente.